

# El papel de los mediadores

Las páginas que a continuación publicamos forman parte del libro de Michèle Petit *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1999, dentro de la Colección "Espacios de lectura". Sobre este interesante libro y sobre otros de esa excelente colección hablaremos próximamente, cuando estén disponibles en las librerías españolas.

Reproducimos estas páginas del libro de Michèle Petit gracias a la gentileza del Fondo de Cultura Económica. Nos produce un placer especial el poder ofrecer a nuestros lectores un texto que nos ha hecho disfrutar tanto y no podemos dejar de recomendar encarecidamente la lectura completa del libro.

El día en el cual terminé de escribir el texto de la jornada anterior, en París, salí de mi despacho y en la vitrina de la librería de enfrente descubrí un letreiro que hasta entonces nunca había visto. En él estaba escrita, a mano, la frase siguiente: "La lectura de un libro prohibido, tras una puerta cerrada, en una noche de nieve, es uno de los mayores placeres de la vida". La firmaba Lin Yutang. De vez en cuando, la vida nos hace este tipo de pequeños regalos. André Breton, quien amaba a México, los llamaba "azares objetivos".

Resumiré un poco lo que he venido comentando en estas jornadas. Hemos visto que la lectura es una experiencia singular. Y que, como cualquier experiencia, implica riesgos para el lector y para quienes lo rodean. El lector se va al desierto, se pone frente a sí mismo; las palabras pueden sacarlo de su casa, despojarlo de sus certidumbres, de sus pertenencias. Pierde algunas plumas, pero eran plumas que alguien le había pegado, que no necesariamente le quedaban. Y a veces le entran ganas de soltar amarras, de trasladarse a otro lugar. El grupo, por su parte, ya se trate del grupo familiar o del de compañeros, ve cómo uno de sus miembros toma distancia y a veces lo abandona. Desde ese momento está ojo avizor. Ese alejamiento de la vida comunitaria, del tiempo, de los lugares donde predomina el grupo, es siempre difícil. Y los llamados al orden, el ostracismo hacia el lector autosuficiente no se hacen esperar.

De hecho, los lectores son molestos, como los enamorados, como los viajeros, porque no se tiene control sobre ellos, se escapan. Se les considera asociales, incluso antisociales. No deja de llamárseles al orden común. Yo no creo que los lectores sean asociales definitivos. Sin duda hay personas –incluyéndonos a todos nosotros en ocasiones– que leen como quien se chupa el dedo. Pero si el poder ha temido

tanto la lectura no controlada es por algo: la apropiación de la lengua, el acceso al saber, pero también la toma de distancia, la elaboración de un mundo propio, de una reflexión propia que se hace posible con la lectura, son el requisito previo, la vía de acceso al ejercicio de un verdadero derecho de ciudadanía. Porque los libros lo alejan del mundo un momento, pero después el lector regresa a un mundo transformado y ampliado. Y pueden sugerirle la idea de tomar parte más activa en su devenir.

En este sentido entendemos por qué la lectura, cuando uno se acerca a ella sin demasiados chaperones, puede ser una máquina de guerra contra los totalitarismos y, de manera más amplia, contra los sistemas rígidos de lectura del mundo, contra los conservadurismos identitarios, contra todos los intentos por encajonarnos en un lugar.

Vimos también, por último, que si bien la lectura era en buena medida un asunto de familias, también se ve influida por el contexto más amplio, por un ambiente que invite o desaliente a acercarse a los libros. Y también hemos visto que era una historia de encuentros.

Espero haberles hecho sentir la importancia de lo que está en juego con la difusión de esos textos escritos de los cuales ustedes son mediadores. Y también la importancia de las resistencias, que de hecho son proporcionales a lo que está en juego. Se comprende así que, salvo los casos donde leer es algo "dado", salvo los casos en que se ha nacido entre libros, los iniciadores al libro han desempeñado un papel clave. Cuando un joven proviene de un medio donde predomina el miedo al libro, el mediador puede autorizar, legitimar, un deseo mal afirmado de leer o aprender, e incluso revelarlo. Y otros mediadores podrán acompañar enseguida al lector, en diferentes momentos de su recorrido.

Michèle Petit

Este mediador es a menudo un maestro, un bibliotecario, un documentalista, o a veces un librero, un prefecto, un trabajador social o un animador social voluntario, un militante sindical o político, hasta un amigo o alguien con quien se topa uno. Apoyándome siempre en las entrevistas que realicé durante mis investigaciones, tomaré algunos ejemplos que se refieren a veces a maestros, y más a menudo a bibliotecarios, dejándoles como tarea, una vez más el trasladar a su propia actividad y a su propio contexto estas experiencias de otro continente.

## Una relación personalizada

Para que entiendan hasta qué punto un mediador puede influir en un destino, les daré un primer ejemplo. El de Hava, una jovencita de origen turco que, tras haber vivido hasta la edad de diez años en un barrio marginado de Estambul, fue a dar a Francia, a una ciudad de provincia, donde su padre, albañil, había llegado para probar suerte.

Debido a su ignorancia inicial del francés, Hava estaba muy atrasada en su formación escolar. Y ya se disponía a dejar sus estudios en segundo año de secundaria para buscar un trabajo, como era el deseo de sus padres. Le cedo la palabra:

*Se lo había dicho a mi maestro de matemáticas y él me dijo: "¡Estás loca! En qué podrias trabajar al salir de segundo de secundaria". Y yo le dije: "Sí, pero ya tengo quince años. Voy a salir, voy a trabajar. Voy a hacer un certificado de aptitudes profesionales". Y él me contestó: "No. Yo te aconsejo que termines la secundaria para ver, tal vez las cosas cambien". Yo quería mucho a ese maestro [...] Entonces le dije que sí, para darle gusto, y también para ver qué pasaba: "Terminaré la secundaria, así obtendré mi certificado; un certificado, para mí, era mucho en esa época: ahora ya no significa nada". Así que me dije: "Voy a intentarlo y luego me pondré a buscar trabajo". Porque todo el tiempo me habían remachado "trabajar, trabajar". Así, terminé la secundaria y me dije: "Quiero ir un poco más lejos". Es verdad que me entendía bien con mis maestros [...] Además ellos ya se habían dado cuenta de que la escuela era el único lugar donde yo me sentía bien [...] Eran los únicos que no me decían todo el tiempo: "Tienes que casarte". Además me enseñaban muchas cosas.*

Durante todos estos recorridos, Hava encontró apoyo en las bibliotecarias de su barrio:

*Tenía muchos problemas por haber llegado grande a Francia, pero ella me ayudó mucho. Tuve suerte, hay otras que no te ayudan [...] En francés, me corregía mis resúmenes. Me decía: "Mira, no se dice así, mejor dilo así". O los errores de gramática. Ella me explicaba, se daba tiempo para hacerlo. Decía: "De matemáticas, bueno, mejor no me preguntes nada porque..." Me ayudaba mucho. Nunca la olvidaré. O si no, era la documentalista de la biblioteca*

*escolar. Ella me ayudó mucho también. Sobre todo en francés. como yo tenía muchos problemas en esta materia, debía ponerme al corriente.*

Y en la biblioteca, Hava intercambiaba también conocimientos, experiencias, con otros usuarios que, como ella, iban a hacer sus tareas.

Cuando encontramos a esta jovencita vivaz, tenía veinte años. Cursaba el último año de preparatoria, quería ser maestra. Desde entonces ya era animadora intercultural y ayudaba a los niños del barrio a hacer la tarea. También era lectora. En las jornadas anteriores la cité; es a ella a quien le gustaba leer a Victor Segalen, porque le parecía que le devolvía su dignidad a la gente sencilla. También nos habló de Agatha Christie, de Shakespeare, de escritores turcos y antillanos, etc. Las cosas no son tan sencillas para Hava: se siente desgarrada entre su deseo de emancipación y el apego a sus padres. Y aunque éstos evolucionan, lo hacen menos rápido que ella. Pero ella está mejor armada para enfrentarse a los obstáculos que encontrará en su camino.

Aquí podemos ver que con el apoyo simultáneo de un maestro, una bibliotecaria y una documentalista pudo modificar su destino.

Tomemos otro ejemplo, el de Zohra. A Zohra también la nombré ayer; es la muchacha cuyo padre, muy hostil a la cultura letrada, analfabeto, pese a todo "leía" el periódico con asiduidad, a su modo, particularmente para seguir los resultados de las carreras. Escuchémosla:

*Mi vida escolar fue muy difícil, llena de fracasos. Las cuatro llegamos a Francia entre las edades de tres y cinco años. Yo hablaba argelino. Cuando entré a la primaria me costó mucho trabajo adaptarme, y luego sufrí la separación de mi madre. Nos pusieron en los grupos no francófonos que había en la época [...] Chapurreábamos el francés. Pero yo sentía mucho cariño por mis profesores en forma individual. Es decir, adoraba a la maestra, le escribía tarjetas postales que nunca le enviaba. Quería mucho a los maestros porque transmitían cosas, estaban allí, eran personas sensatas, que razonaban, que comprendían, mientras que mis padres no comprendían. Eran adultos diferentes a los que me rodeaban. Me dieron una fuerza. Después de todo había otras personas aparte de los padres, de la vida tradicional en familia. Me ayudaban a abrirme hacia el exterior, al igual que las bibliotecarias. Eran otros adultos que no me consideraban una bebé o una niña que está para hacer el quehacer.*

*Vivíamos en un capullo familiar muy fuerte. Mis padres nunca recibían visitas, amigos franceses o argelinos [...] Es muy difícil cuando ésa es la única referencia que se tiene de joven. Es como si estuvieras completamente aislada. El libro era la única forma de salirme de eso, de abrirme un poco.*

Zohra y sus hermanas le habían arrancado a sus padres el derecho de ir a la biblioteca. Escuchémosla de nuevo:

*La biblioteca fue un hallazgo extraordinario porque modificó el curso de mi vida. Me permitía salir de mi casa, conocer gente, ver cosas interesantes. Escuchaba cosas, porque en las bibliotecas se dicen muchas. Había conversaciones. La biblioteca, para mí, era también un lugar de intercambios, hasta cuando se oía a los pequeñitos reír, jugar, correr por todas partes [...] Era un lugar vivo, donde pasaban cosas. El libro nos lo podíamos llevar a casa y después devorarlo, mirarlo. Fue allí donde verdaderamente leí, devoré, recibí consejos de los bibliotecarios. De inmediato los intercambios fueron agradables. Iba a la biblioteca a leer, por mis libros, a escogerlos, y por el contacto con las bibliotecarias. En verdad era muy importante. No quiero decir que anduviera detrás de ellas, en espera de sus sugerencias; pero con mucha frecuencia ellas podían darme ideas de lectura, y cuando me llevaba algún libro me decían: "Ah, ya leiste éste, te voy a recomendar este otro".*

*Hubo mujeres bibliotecarias que me marcaron mucho. Es un trabajo muy femenino. ¡Las mujeres son también las mejores lectoras del mundo a pesar de que tienen menos tiempo que los hombres!*

Zohra soñaba con ser impresora pero, a diferencia de Hava, tuvo que interrumpir sus estudios al terminar la secundaria: se le reprochaban sus malas calificaciones en las materias científicas. La cito nuevamente:

*En francés sacaba buenas notas, el francés me gustaba mucho porque había lecturas. Pero luego me pidieron que aprobara una serie de materias que no eran de lectura, materias científicas, matemáticas, y yo era incapaz de hacerlo. La escuela no fue placentera, no me ayudó, pese a que la lectura era muy importante para mí. Nadie me sacó de apuros. Más bien me dejaron hundir, me orientaron hacia una carrera corta. Así pues, me convertí en secretaria, sin mucha pasión. Asistí al liceo profesional durante dos años para convertirme en secretaria. Seguía yendo a la biblioteca; ya tenía 16, 17, 18 años.*

Pero un día, para buena suerte de Zohra, le propusieron que sustituyera a otra secretaria en la biblioteca, y poco a poco decidió convertirse en bibliotecaria. Se formó de manera autodidacta, participó en los concursos respectivos y los aprobó.

Así, para Zohra, la maestra a quien le escribía tarjetas postales que nunca le enviaba tal vez desempeñó, en forma precoz, el papel de destinataria —probablemente sin saberlo—, en un proceso que se asemeja a la transferencia psicoanalítica: es decir, alguien que nos acoge, que recoge las palabras del otro, que es el testigo de su deseo, con quien se establece un lazo parecido al amor. El deseo de Zohra tenía mucho que ver con las letras; es lo que se oye a lo largo de todo su relato, desde las tarjetas postales nunca enviadas hasta su vocación de impresora, desde la pasión por los libros

hasta su oficio de bibliotecaria y su deseo actual de escribir. Tal vez el gusto por leer y escribir le nació "por transferencia", por amor a alguien, como esa maestra, que gustaba de leer y escribir. Y como esas bibliotecarias a las que admiraba, quienes acompañaron y sostuvieron su recorrido personal.

El gusto por leer no puede surgir de la simple frecuentación material de los libros. Un saber, un patrimonio cultural, una biblioteca, pueden ser letra muerta si nadie les da vida. Sobre todo si uno se siente poco autorizado para aventurarse en la cultura letrada debido a su origen social o al alejamiento de los lugares del saber, la dimensión del encuentro con un mediador, de los intercambios, de las palabras "verdaderas" es esencial.

### **Transmitir el amor por la lectura: ¿una apuesta para el maestro?**

Regresemos por un momento a la institución escolar. Ayer les comentaba que esos jóvenes no eran muy benevolentes con la escuela y que solían decir que la escuela les había quitado el gusto por leer, porque lo había convertido en una obligación, en una disección de textos, textos que no les decían nada la mayor parte de las veces. "Cuando me han obligado a leer, he reaccionado en forma sistemática", dice un muchacho. Y otro más: "¡Qué flojera! ¡Guácala! En los libros no haces más que trabajar".

En realidad, el efecto de la escuela sobre el gusto por la lectura es a menudo complejo. Escuchemos a Bopha, por ejemplo. En un primer momento, en la escuela adquirió el gusto de leer, según dice:

*Recuerdo muy bien cómo fue que le encontré gusto a la lectura. Presentando un libro a mis compañeros en primero de secundaria. Tenía que exponer a mis compañeros un libro que hubiera leído y escogí "Of mice and men", de Steinbeck. Era la historia de un retrasado mental, la historia de la amistad entre dos hombres. Ese libro me marcó profundamente, y a partir de él empecé realmente a leer otras cosas, a leer libros sin imágenes, a leer autores. A frecuentar las bibliotecas, siguiendo a mi hermana, para ir a ver los libros, hojeando, mirando.*

Pero estuvo a punto de perder ese gusto en la preparatoria (a la que en teoría se ingresa a la edad de quince años):

*Pienso que en la preparatoria uno le toma aversión a la lectura porque hay demasiadas cosas que hacer, nos encargan tanto trabajo, sobre todo en la preparatoria donde yo estaba, una escuela bastante estricta, que ya no tenía ninguna gana de leer. Ya no me acuerdo en absoluto de los libros que me gustaron. Sobre todo los de filosofía me caían como bomba. La cabeza me estallaba. No eran escapatorias para mí. Más bien al contrario, tenía que concentrarme para meterme en eso. Si no te concentras, no entiendes el sentido. Realmente, para mí no es un*

*placer leer cuando me obligan a hacerlo contra mi voluntad.*

También les contaba en la jornada anterior que algunos sociólogos, tras analizar las cifras, corroboraban las afirmaciones de estos muchachos (1), es decir: que en particular en la preparatoria, donde la postura del lector debe ser mucho más distante y el acercamiento más erudito, muchos jóvenes pierden el gusto por leer. Desde luego, hay otros factores que intervienen en esta edad, pero la enseñanza en sí al parecer tiene mucho que ver.

El psicoanalista Bruno Bettelheim decía que para sentir muchas ganas de leer, un niño no necesitaba saber que la lectura le serviría más adelante. En vez de ello —cito—: “Debe estar convencido de que éste le abrirá todo un mundo de experiencias maravillosas, disipará su ignorancia, lo ayudará a comprender el mundo y a dominar su destino” (2). Según él, debe sentir que en particular en la literatura hay un “arte esotérico” que le revelará secretos hasta entonces ocultos, un “arte mágico” capaz de ofrecerle un poder misterioso.

Desconozco por completo cómo se enseñan la lengua y la literatura en las escuelas mexicanas; espero que en un rato ustedes me lo expliquen. Pero en Francia, durante los últimos treinta años, me parece que la enseñanza ha evolucionado más bien hacia lo opuesto de la iniciación a un “arte mágico”, y que de manera general ha asignado una parte menor a la literatura. Con la mejor intención del mundo, por cierto: era en gran parte el efecto de una crítica social mezclada con sociología que sólo veía en la lectura literaria una preciosidad, una coquetería de la gente bien nacida.

De hecho, diversos factores han contribuido a este cambio en la enseñanza del francés. La industria tenía una urgente necesidad de ingenieros, y se elaboraba otra concepción de la cultura general, otros modelos de lectura. Además, cabe señalar que esta enseñanza necesitaba una buena desempolvada. A lo que llevaba era a una especie de panteón, a un monumento austero, pomposo: un *corpus* de grandes textos clásicos, que te miraban desde arriba a menos que un maestro con genio supiera darles vida. Así pues, en los años sesenta y setenta se criticó mucho esta forma de dejarles caer encima a los muchachos fragmentos literarios escogidos con fines de edificación moral. En este método se descubrió algo que contribuía a reproducir cierto orden social, pues sólo los niños de los medios favorecidos se sentían en su elemento en esta cultura letrada que era el pan de cada día para sus familias. Se rompió de tajo con la identificación. Y poco a poco se fue privilegiando un enfoque que se creía más democrático, más “científico”, inspirado en el estructuralismo y la semiótica.

Evidentemente, habría que afinar las cosas, sobre todo para ajustarlas a los momentos de la trayectoria escolar: no se enseña francés de la misma manera en

primaria que en secundaria o en preparatoria. Además estoy resumiendo y simplificando este tema en una forma que horrorizaría a los especialistas en historia de la educación. Pero alguien que conoce bien esta historia, Francis Marcoin, escribió: “Apenas es exagerado decir que en 1968, en las universidades, la lingüística era de izquierda y la literatura, de derecha. Esta curiosa dicotomía inspirará durante mucho tiempo la pedagogía del francés, empeñada en borrar del aprendizaje de la lengua cualquier uso literario considerado elitista, normativo, y casi ajeno al público interesado” (3). Menciona también que el esquema de la “comunicación” había sido el pilar de la formación lingüística de los maestros durante diez largos años.

Pero con toda la voluntad de desacralizar las letras, muchos de los que hacían votos por estos cambios, muchos de quienes los pusieron en práctica, olvidaron que en la desigual habilidad para manejar el lenguaje no influye simplemente la posición más o menos privilegiada que uno ocupe dentro del orden social. Y que el lenguaje no es simple vehículo de información, un simple instrumento de “comunicación”. Olvidaron que el lenguaje tiene que ver con la construcción de los sujetos hablantes que somos, con la elaboración de nuestra relación con el mundo. Y que los escritores pueden ayudarnos a elaborar esa relación con el mundo. No debido a una inefable grandeza aplastante sino, al contrario, por el desnudamiento extremo de sus cuestionamientos, por brindarnos textos que llegan a lo más profundo de la experiencia humana. Textos donde se realiza un trabajo de desplazamiento sobre la lengua, que nos permite abrimos hacia otros movimientos.

Al privilegiar las técnicas de desciframiento de los textos, los enfoques inspirados en la semiología y la lingüística lograban una distancia mayor en relación con dichos textos. Hasta el momento en que los profesores fueron sacudidos por el libro de Daniel Pennac, *Como una novela*, que se presentaba como un alegato a favor de la “lectura placer” y rehabilitaba la oralización. Y que reivindicaba, frente a los que clamaban que “había que leer”, el “derecho a no leer”. Lo que tal vez es un poco limitado.

Nuevamente, estoy caricaturizando la situación para hacerles sentir lo esencial, para que ustedes puedan encontrar las semejanzas —o las diferencias— entre esta situación francesa y la de su propio sistema de enseñanza. Y, desde luego, hay que decir que en todas las épocas, pese a las limitaciones que se han impuesto, a las modas y a los cambios en los programas, siempre hubo maestros que supieron transmitir a sus alumnos la pasión de leer, como veremos en un momento. También hay que decir que se le pide algo imposible, un verdadero rompecabezas chino. Se espera que enseñen a los niños a “dominar la lengua”, como se dice en la jerga oficial. Que los inviten a compartir este supuesto “patrimonio común”. Que les enseñen a descifrar textos, a anali-

zarlos, a tomar cierta distancia. Pero, además, que los inicien en el “placer de leer”. Todo esto es materia de numerosos debates, de numerosas interrogantes en la profesión.

Pero regreso a mis investigaciones. Durante las entrevistas que realizamos había algo que me llamaba la atención: estos jóvenes tan críticos hacia la escuela, entre frase y frase evocaban a veces a un maestro que había sabido transmitirles su pasión, su curiosidad, su deseo de leer, de descubrir. E incluso hacerlos amar textos difíciles. Hoy, como en otras épocas, aunque la escuela tenga todos los defectos, no falta algún maestro singular, dotado de la habilidad de introducirlos a una relación con los libros que no sea la del deber cultural, la de la obligación austera. Daoud, un muchacho al que ya he citado, establece la diferencia entre la “institución” –donde dice él: “hay profesionales que están allí para instruir a la gente”– y lo que él llama “la creación”, donde:

*Hay gente que rebasa, que va más allá de sus funciones, de su trabajo, para aportar lo que es en realidad. Me he topado con profesores de francés que tenían en su clase a gente desagradable que no los escuchaba pero que en cuanto veían que alguien se interesaba, trataban pese a todo de aportar algo más que sus horas contabilizadas.*

Su propia historia está marcada por encuentros con profesores y bibliotecarios que lo ayudaron a avanzar, mediante una atención personalizada que iba más allá de sus funciones estrictas.

*Hice los peores estudios posible en el sistema escolar francés. Es decir, el diploma técnico, las tecnologías, cosas sin ningún interés. Si embargo, los profesores de francés eran muy interesantes. Fueron ellos quienes me llevaron a leer, por ejemplo, “1984” de George Orwell, cosas como esa, que yo nunca habría leído por mi cuenta. No es la escuela, no es la institución: son los maestros quienes me enseñaron.*

Lo mismo sucedió con Nicolas, quien detesta el sistema escolar, pero a quien un maestro le infundió el gusto por leer al dejarle el espacio de la elección:

*Al principio, hubo muchos encuentros, fue un maestro quien nos empujó realmente. Nos propuso algunos libros: “¿Quién quiere leer esto?” o “Miren, tengo cuatro o cinco libros, ¿quién quiere leer éste?” No era: “Todos tienen que leer esto y luego contarme lo que pasa”. Era más abierto, era: “¿Quién quiere leer esto?”*

Cuando hacíamos entrevistas en el medio rural, era algo parecido. Aquí también los efectos de la escuela sobre el gusto por la lectura son complejos. En todas las generaciones, las lecturas impuestas –en especial las de autores clásicos– han desalentado a leer. Pero para buena parte de la población rural, en particular la gente de mayor edad o la más desprotegida, la escuela ha sido “la puerta abierta”, el lugar donde se podía acceder a los libros que tanta falta hacían. Estas personas han conservado el recuerdo de

maestros que fomentaban el ascenso sociocultural de los niños prestándoles obras de su biblioteca personal, como una mujer que dice: “Nuestra maestra de escuela era muy culta y tenía libros y viejas estampas a todo lo largo de su escalera. Para mí era un verdadero placer; yo creo que allí debí atrapar ese virus [...] al subir esa escalera de caracol encerrada, verdaderamente impecable, y viendo todos esos libros”. Pero si el maestro es presentado por esta población rural como alguien que inspiró el gusto por leer, es a menudo en una relación personalizada, individual, fuera del marco escolar.

Esta dicotomía entre la escuela como institución y un maestro singular no es exclusiva de Francia. Por ejemplo, un investigador alemán, Eric Schön, que ha estudiado las biografías de muchos lectores jóvenes, señala que para ellos “la escuela aparece como la institución con mayor responsabilidad por la pérdida del encanto amable de las lecturas de infancia”. Leer fue primero “algo maravilloso... hasta que hubo que tomar los cursos de literatura alemana”. Pero aquí también, “la imagen negativa que se atribuye a los cursos de literatura contrasta con los numerosos enunciados positivos acerca del profesor como individuo y su influencia positiva sobre la motivación del alumno” (4).

Con esos maestros, la lengua, el saber, que hasta entonces eran ámbitos que los repelían, se vuelven acogedores, hospitalarios. Esos textos absurdos, polvorientos, de repente cobran vida. Curiosa alquimia del carisma. Del carisma o, una vez más, de la transferencia. Evidentemente, no toda la gente puede desencadenar esos movimientos del corazón. Pero, en cambio, creo que todos: maestros, bibliotecarios o investigadores, podemos interrogarnos más sobre nuestra propia relación con la lengua, con la lectura, con la literatura. Sobre nuestra propia capacidad para vernos afectados por lo que surge, de manera imprevisible, a la vuelta de una frase. Sobre nuestra propia capacidad para vivir las ambigüedades y la polisemia de la lengua sin angustiarnos. Y para dejarnos llevar por un texto, en vez de intentar dominarlo siempre.

Citaré un último ejemplo, tomado esta vez del novelista antillano Patrick Chamoiseau, al que ya he nombrado. En el libro titulado *Camino de la escuela*, evoca a un maestro que le resultaba repulsivo. Un negro blanqueado con cal. Rígido, austero, que reprende a los niños por cada giro idiomático y persigue cualquier rastro de lengua *créole* en sus palabras. Pero algunas veces este maestro olvida un poco su actitud de dominio y uno percibe que le gusta leer. Y es entonces, desde luego, cuando llega a los niños. Escuchemos a Chamoiseau:

*El maestro leía para nosotros, pero pronto se dejaba llevar, olvidaba el mundo y vivía su texto con una mezcla de abandono y vigilancia. Abandono porque se entregaba al autor; vigilancia porque en su interior seguía viviendo un viejo controlador al acecho, buscando la ocasión para la eufonía desola-*

da, la idea ablandada por una debilidad del verbo [...] El negrito seguía con la boca abierta, no el texto sino los banquetes de placer que el maestro se daba con las palabras (5).

Para transmitir el amor a la lectura, y en particular a la lectura literaria, hay que haberlo experimentado. Uno podría pensar que ese gusto se debe dar por hecho en nuestros círculos donde el libro es un objeto familiar. No obstante, como ya he dicho, eso está muy lejos de ser cierto.

## La hospitalidad del bibliotecario

Cuando escuchamos lo que dicen los lectores, no ya de los maestros sino de los bibliotecarios, encontramos cosas parecidas. En los barrios urbanos marginados, numerosos jóvenes han expresado la importancia decisiva que tuvo para ellos una relación *personalizada* con algún mediador, incluso si fue efímera. Puede tratarse de alguien que los ha apoyado, ayudado a ir más lejos, como en el caso de Hava, la joven de origen turco que cité antes. O puede ser alguien que les ha leído historias cuando eran pequeños. Como en el caso de Ridha; escuchémoslo:

*Recuerdo que ese bibliotecario tenía una forma de trabajar muy interesante. Por momentos se detenía en su trabajo, reunía a varios niños y les contaba historias [...] Es alguien que te pasa la corriente, a quien le gusta su trabajo, y que nos hizo amar la lectura porque tenía una forma bella de contar, simplemente.*

Muchos jóvenes han evocado, como él, “la hora del cuento”, ese placer de escuchar a un bibliotecario leyendo historias. Como Saliha:

*Lo que también me gustaba era su forma de contar. Me maravillaba. El tono, todo eso. Me sentía por completo dentro de la historia y la seguía, pues él hacía gestos y ademanes que me conmovían [...] Es bueno que los bibliotecarios lean libros, eso despierta en los niños el amor por los libros, por la lectura.*

Otros mencionaron que algunos bibliotecarios les habían encomendado pequeñas tareas, los habían acercado a sus actividades, y que de ese modo los habían hecho sentirse parte activa del lugar: “A veces cuando limpiaban los libros y eso, yo les ayudaba. Y los sellos... es algo que cuando eres niño no se te olvida. Siempre quieres poner los sellos, era algo maravilloso”.

El bibliotecario que les ha hecho un lugar también puede ser el que les ha sugerido libros, como a Malika: “Mi mejor recuerdo era Philippe (así se llamaba el bibliotecario); tengo la impresión de que realmente éramos amigos. Siempre sabía todo, los libros que me gustarían. Sabía qué tipo de libro le gustaría a tal o cual persona”. O a Daoud:

*En realidad, lo que más me marcó fueron los bibliotecarios. En la biblioteca donde crecí había siempre una bibliotecaria que me recomendaba obras de ciencia ficción, novelas policíacas [...] Ella*

*sabía que yo era principiante. Me conoce desde que era chico; me sacaba cuando me portaba mal.*

El camino de Daoud, ya lo dije, estuvo marcado por sus encuentros con los bibliotecarios, hasta el día de hoy en que, como dice él: “en cuanto [los bibliotecarios] ven que estás interesado en el libro, que haces algo interesante, comienzan a interesarse en ti. Quiero decir, es recíproco”. Cito ahora a otro muchacho, Abdallah: “Ella conocía mis gustos. Al principio me atraía algo, pero ella sentía que no era mi gusto principal, y yo no lo sabía. Y me aconsejó otros libros. Yo pensé: ‘No tiene nada que ver con lo que quería’, pero de todos modos me gustaba. Y cada vez ella me daba algo diferente, y eso me gustaba siempre...”

O puede ser alguien que les ayudó a hacer una investigación, como Christian:

*Siempre me sorprende, me sorprende agradablemente, ver la dedicación de las personas que trabajan en la biblioteca. Uno les expone el tema y ya está: se movilizan y todo se pone en movimiento para ayudarte. Es realmente sorprendente. Ahora ya estoy acostumbrado, pero al principio eso me dejaba con la boca abierta. Me preguntaba yo: “Pero, a fin de cuentas, ¿qué importa lo que busco yo?”*

Como dice también Hadrien: “Es muy importante que haya personal que crea en la gente, en las personas, que crea que a la gente le pueden interesar cosas y que es posible “atraparla”. En la medida en que crea en el potencial de la gente para ser curioso, para interesarse, ese personal tiene un importante papel que desempeñar”.

Estos jóvenes están atentos a todos estos gestos con los cuales los bibliotecarios les demuestran su hospitalidad, el gusto por su trabajo. Daoud, nuevamente:

*Hay bibliotecarios que hacen su trabajo aquí, que son creativos ante todo [...] En la colocación de los libros; en el hecho de organizar actividades que tengan que ver con el libro; de que quieran montar obras de teatro en coordinación con el editor; el hecho de invitar a autores. No es un trabajo que los limite. Podrían decir: “Pues sí, soy bibliotecario, estoy aquí para acomodar los libros. Pero no, están realmente comprometidos”.*

En Francia, el oficio de bibliotecario ha evolucionado mucho en un tiempo relativamente corto. En efecto, el número de bibliotecarios municipales se ha duplicado desde hace unos veinte años, y casi una tercera parte de los franceses han ido a una biblioteca o una mediateca durante el año de 1997. Esta proporción se eleva hasta 63% para los jóvenes de 15 a 19 años, y a 48% para los de 20 a 24 años. Este cambio cuantitativo se ha acompañado de un cambio de naturaleza. Se ha generalizado el libre acceso a los libros –lo que era una práctica común desde hace tiempo en numerosos países, sobre todo anglosajones, pero no en Francia, donde el retraso era considerable–. También hubo una

evolución de las técnicas y una diversificación de los bienes y servicios propuestos en lo que llegaron a ser las mediatecas. Y durante los años ochenta, a instancias del Ministerio de Cultura, pero también debido a la toma de conciencia de cierto número de municipalidades de todo lo que está en juego en las bibliotecas, hubo la voluntad de apertura a públicos más numerosos, sobre todo en los barrios marginados, o bien por medio de los hospitales, las instituciones de protección a la infancia, las cárceles, etc. Como resume una bibliotecaria: "Antes nos orientábamos más hacia los libros; ahora nos orientamos más hacia las personas".

Y como expresa Ridha, que frecuenta la biblioteca desde su infancia, lo importante es:

*Que el bibliotecario tenga tiempo para dedicarse a lo que es del orden de la vida, a todo lo que se refiere a la vida, también a la moral, pero simplemente haciendo cosas, contagiándoles emociones, cosas positivas. Más que ser un conservador o un guardián de libros, ser una especie de mago que nos lleve a los libros, que nos conduzca a otros mundos.*

Como ven, allí coincide con lo que decía Bettelheim a propósito del "arte mágico". Pueden ver también cómo todos son sensibles a este compromiso de un profesional. Al igual que son sensibles a todo lo que les demuestre que nada es demasiado bello para ellos, ya sea un mobiliario cuidado o unas obras de calidad. "Cuando entras en esa biblioteca enseguida notas algo artístico", señala Daoud. Sensibles también al hecho de que este espacio de libertad se les da en forma gratuita, o casi: "La biblioteca es un lugar para todo el mundo, es gratuito", dice una jovencita. "Leer gratis es genial. Sólo das diez francos al año (es decir veinte pesos mexicanos) y tienes la posibilidad de llevarte libros gratuitamente. ¡Es extraordinario! Es un tremendo privilegio que se le concede a toda la gente", dice otra; y agrega un muchacho: "A los alcaldes de los municipios, que hacen bibliotecas en su ciudad, yo les agradezco porque creo que es muy importante".

Pero, ya lo vimos en todos los ejemplos que he dado, no es la biblioteca o la escuela lo que despierta el gusto por leer, por aprender, imaginar, descubrir. Es un maestro, un bibliotecario, que, llevado por su pasión, y por su deseo de compartirla, la transmite en una relación individualizada. Sobre todo en el caso de los que no se sienten muy seguros para aventurarse por esta vía debido a su origen social, pues es como si con cada paso que dan, con cada umbral que atraviesan, necesitaran recibir una autorización para ir más lejos. Y de no ser así, se replugarán hacia lo que les resulta conocido.

## Traspassar umbrales

No sólo para iniciar a la lectura, para legitimar o revelar un deseo de leer, resulta primordial el papel de un iniciador a los libros. También para acompa-

ñar, más adelante, durante el recorrido. Por ejemplo, en los barrios marginados, para quienes han elegido la biblioteca en vez de la vagancia, que osaron atravesar la puerta una primera vez y luego regresar regularmente, no significa que todo está ganado. Aún falta traspasar numerosos umbrales. Y a menudo algunos trayectos se cortan de tajo.

Cuando alguien no se siente autorizado a aventurarse en los libros todo está por hacerse: cuando niño, uno puede haber adorado los cuentos que le leía un bibliotecario y sin embargo no volver a abrir un libro más adelante. Porque los recorridos de los lectores son discontinuos, marcados por momentos de interrupciones breves o largas. Algunos de estos momentos de suspensión son inherentes a la naturaleza de la actividad de la lectura; todos nosotros sabemos que hay periodos de la vida en que se siente de manera más imperiosa la necesidad de leer. No hay por qué inquietarse por las interrupciones de ese tipo: no se entra en la lectura o en la literatura como se abraza una religión.

Pero existen también suspensiones debidas a que un joven —o no tan joven— no pudo traspasar un umbral, no pudo pasar a otra cosa, porque se sintió perdido, porque la novedad lo asustó, o bien porque le faltó algo, porque sintió que ya agotó el tema. Y el mediador, el bibliotecario en particular, puede ser quien le dé precisamente una oportunidad de atravesar una nueva etapa.

En Francia, en muchas bibliotecas, se ha concedido gran atención desde hace una veintena de años a la llegada del niño, a los primeros pasos que da. Se ha desarrollado el trabajo conjunto con la escuela. Ha habido esfuerzos por iniciar al niño precozmente en el funcionamiento de la biblioteca, con plena conciencia de que saberse manejar en ella, apropiarse de los lugares, conocer las reglas necesarias para compartir un espacio público no son cosas evidentes. Se le han leído historias, se han creado espacios a su medida, se le ha enseñado a utilizar los catálogos, ya sean de papel o automatizados.

Sin embargo, se necesitó más tiempo para entender que, una vez iniciado el niño, no estaba ganada aún la batalla. Es en parte lo que decía ayer: había la idea de que el usuario era autónomo, pese a que la biblioteca estaba allí para que él construyera su autonomía. Muy a menudo esto se inspiraba en los mejores sentimientos: en el respeto por el usuario, al que se suponía lo bastante capaz como para saber lo que le convenía, así que había que dejarlo en paz. Muchos bibliotecarios tienen un espíritu un tanto libertario. Su oficio se ha constituido en parte deslindándose del maestro, y la idea de monitorear al lector, de imponerle cualquier cosa, resulta de lo más chocante para muchos de ellos. Y los jóvenes perciben muy bien esta especificidad. Aun cuando vienen a la biblioteca a hacer sus tareas, marcan claramente la diferencia entre la escuela, a la que ven como el lugar de la

obligación, para desgracia de los profesores, y la biblioteca, una tierra de libertad, de elección.

Esto está muy bien: evidentemente no se trata de cuestionar este aspecto, esta libertad del usuario. Pero, en ciertos momentos, es vital ayudar a ciertos usuarios, a ciertos lectores, una vez más, a superar algo. En efecto, cualquier umbral nuevo puede reactivar una relación ambivalente con la novedad. Y estos umbrales son numerosos: pasar de la sección juvenil a la de adultos, a otras formas de utilización, a otros registros de lectura, a otros anaqueles, a otros tipos de lectura.

Tomemos como ejemplo el paso de la sección juvenil a la de adultos; un verdadero dolor de cabeza para los bibliotecarios, quienes a menudo se sienten confundidos respecto a cómo indicarlo físicamente. Todo tipo de respuestas se han dado. Pero en numerosas bibliotecas los profesionales dejan en la sección infantil los libros para adolescentes –salvo los materiales de consulta–, retrasando así el momento en que estos adolescentes lleguen a la sección reservada a los adultos. Y esta separación no necesariamente conviene a este grupo intermedio.

De modo que algunos se sienten perdidos y no saben dónde buscar, como Virginia, quien evoca así el momento en que tenía 13 ó 14 años: “A la sala para adultos yo no me atrevía siquiera a entrar, y en la sala infantil me sentía como una bebida”. Otros hacen trampa con el reglamento. Como este muchacho que nos cuenta cómo burlaba la vigilancia de los bibliotecarios cuando, siendo adolescente, quería consultar libros de la sección para adultos.

*Estaba en la parte de abajo la biblioteca para niños, y en la parte de arriba, la de adultos. En la biblioteca para niños no se encontraban temas sobre psicoanálisis y astrología, no son temas para los adolescentes más jóvenes; entonces, de vez en cuando, tratábamos de subir a la sección de adultos, pero de allí nos corrían porque teníamos prohibido ir [...] A veces nos las ingeniábamos porque había unas estanterías, luego la puerta y luego el escritorio un poco desnivelado. Entonces alguien se metía. Cuando veía que ella no estaba en el escritorio, nos escurriamos entre los libros. Luego nos quedábamos en un rincón, sin hacer ruido, porque ella estaba en los archivos, y cuando regresaba al escritorio no podía vernos porque estábamos en el rincón.*

Otros disfrutaban estas divisiones, estas etapas sucesivas, y su conocimiento progresivo de los lugares hace pensar incluso en un recorrido iniciático, como con Verónica:

*Lo más padre es que el mundo de los adultos está en las alturas. Cuando eres niño te llevan abajo y luego llega un momento, una edad, en que puedes ir arriba. Así es como yo lo percibía. Llegué a la edad de 13 ó 14 años, subía y tenía derecho de tocar los otros libros que estaban allá arriba [...] Me sentía de lo más contenta de subir al piso de arriba. Era otro mundo. Dejabas atrás una etapa [...] Pienso que*

*estaría bien que recordaran que en el piso de arriba hay otros libros, otras cosas.*

Como ven ustedes, no hay una respuesta universal, porque hay adolescentes que quieren avanzar lentamente, quedarse cerca de la infancia, mientras que otros quisieran brincarse la etapas. Además, en esa edad muchos jóvenes cambian su forma de utilizar la biblioteca. Desde entonces vienen también para hacer su tarea. Y lo que en Francia se llama “la sala de documentación”, que está reservada a estos usos paraescolares, puede constituir así una especie de tamiz entre la sección para jóvenes y la sección para adultos. Para algunos, sin embargo, esta sala no será un tamiz sino un punto terminal: su recorrido por las bibliotecas no llegará más lejos.

Ésta es, pues, otra transición difícil, la transición de las formas de utilización paraescolares hacia otros usos de la biblioteca. En Francia, sobre todo entre niños de ambientes marginados, los usos paraescolares son muy frecuentes. Me imagino que también se ve aquí. Y tan importante como la posibilidad de tener acceso a materiales y documentos que no existen en la casa, es la oportunidad de encontrar un lugar donde trabajar, un marco estructurante, donde los jóvenes se motiven unos a otros, a veces por el simple hecho de verse trabajando, ya lo he dicho antes. En particular para muchos chicos, es como si la elaboración, en la biblioteca, de una alternativa a la pandilla, de otra forma de grupo, con una fuerte cohesión, fuera por sí sola capaz de brindar una protección, de darles fuerzas para seguir adelante.

Pero en estos casos, si se aventuran por los anaqueles, es ante todo para encontrar documentos relacionados con el tema que están viendo en la escuela. Y para algunos de ellos la utilización de la biblioteca parece terminar allí. Habrán pasado jornadas enteras en la biblioteca, rodeados de libros, pero nunca habrán buscado nada más que lo que les pidieron, nunca le encontraron gusto a la lectura. O incluso, en el caso de otros, quizá pudieron disfrutar del placer de leer durante su infancia gracias a la biblioteca, y al parecer lo perdieron más tarde. Y dejarán de asistir a ella en cuanto termine su trayectoria escolar.

En realidad es complicado entender qué es lo que permite la transición a los usos más “autónomos”, que no estén inducidos únicamente por las exigencias escolares, sino también donde intervenga el gusto de descubrir. Al parecer esta transición es más difícil en el caso de los adolescentes que acostumbran acudir únicamente en grupo. Ya lo mencioné antes: es el reverso de la medalla: de tanto caminar juntos, no pueden moverse solos, y entonces ni siquiera se les ocurre la idea de levantarse a rebuscar en los anaqueles.

Desde ahora podemos señalar que el inicio de una búsqueda personal, no dirigida por un maestro, se realiza a menudo autodocumentándose sobre temas tabú. Muchos buscan así en la biblioteca conoci-

mientos sobre temas que no se abordan en familia, y casi nunca en la escuela; entre ellos, por excelencia, el de la sexualidad. Este tema puede asociarse en las entrevistas a otros temas prohibidos: el sexo y la religión, el sexo y la política, etc. Esta autodocumentación es importante por varias razones: ayuda a encontrar palabras para no ser presa de angustias incontrolables, o para evitar la burla de los compañeros, siempre listos a tranquilizarse a expensas de los demás en este campo; y la curiosidad sexual de la infancia es también, ya lo he mencionado, la base misma de una pulsión hacia el conocimiento. Pero no son únicamente los manuales de educación sexual o los libros de medicina lo que se consulta en estas investigaciones. Puede ser también una historieta, testimonios, biografía, o literatura erótica, como en el caso de una joven mujer de origen magrebí, para quien la lectura de Anaïs Nin fue toda una revelación y el inicio de un itinerario como lectora:

*Cuando hablo de Anaïs Nin, es verdad que descubrí a una mujer que escribe literatura erótica sumamente bien, reconocida en el mundo entero. Aprendí cosas sobre mi vida sexual, sobre mi intimidad, que nadie hasta entonces pudo enseñarme [...] Al mismo tiempo me permitió comprender las cosas, descubrir el mundo, a Mark Twain, pasando por grandes sagas históricas. Descubrí que había vidas apasionantes y también temas íntimos.*

De paso notarán ustedes que el descubrimiento propio y el del mundo van de la mano.

No obstante, no todo el mundo tiene la suerte de poder documentarse a profundidad sobre su intimidad en la biblioteca. Por ejemplo, en una ciudad pequeña, una muchacha de catorce años, de un medio social modesto y poco familiarizada con el libro, trató en vano de que le prestaran un libro de Marguerite Duras. Le cedo la palabra:

*Busqué "El amante" de Marguerite Durás en la biblioteca. La bibliotecaria me dijo que no era adecuado para mi edad. Parece que se habla un francés no muy correcto. A mí me gustan mucho los libros para mayores, así que me dirijo a los anaqueles para adultos pero los bibliotecarios me dicen: "¡Todavía no tienes la edad, ve a la otra sala, donde están "Los tres ositos" y otros títulos!" [...] Mientras que la biblioteca debería ser un lugar donde se nos diera acogida [...].*

Los bibliotecarios son generalmente menos puritanos e incluso un tanto maliciosos: por ejemplo, ponen en los anaqueles las obras de educación sexual junto a las de deportes. De este modo el joven usuario puede disimular el objeto de su interés en un manual dedicado al fútbol. En algunas bibliotecas se organizan campañas de información sobre la prevención del sida o los anticonceptivos. Y en esas ocasiones puede medirse, si he de creer a los bibliotecarios, la tremenda falta de información que existe entre los jóvenes, aún en nuestros días, sobre todo en los barrios marginados.

Pero no sólo es la curiosidad de los jóvenes por los temas tabú lo que puede conducirlos, como en el caso de la joven que mencionaba, a descubrir a Anaïs Nin y a Mark Twain. La arquitectura del lugar, por ejemplo, incita a utilizarlo de manera más o menos limitada. He conocido bibliotecas en las que, cuando uno sale de la sala de documentación tras acabar la tarea, puede dirigirse a la salida sin cruzar un solo libro. En cambio hay otras donde se debe recorrer primero la gran sala de la biblioteca, y pasar frente a todo tipo de tableros de presentación, vitrinas de exhibición, que se renuevan constantemente, llaman la atención e invitan a la lectura.

Algunos bibliotecarios inventan igualmente diferentes tipos de animación y eventos para estimular el interés de los adolescentes en otros temas, para hacerlos pasar a otras lecturas distintas de los libros de consulta. Por ejemplo, ante el miedo que sienten los muchachos a perder su virilidad si se arriesgan a leer, ante el hecho de que en Francia, como en muchos otros países, los mediadores del libro son generalmente mujeres, los profesionales invitan a escritores que pueden romper con los estereotipos. Tenemos así autores de novelas policíacas con un aspecto de supermachos, que suelen recorrer el territorio francés en una gran motocicleta, con chamarra de cuero, para hablar de los libros y de su pasión por la escritura. En sentido más amplio, ver a un autor de carne y hueso modifica la impresión que estos jóvenes tienen de los libros. Pues más de uno pensaba hasta entonces que un escritor era forzosamente alguien muerto.

Otros profesionales, en el interior de la biblioteca o fuera de ella, animan clubes de lectura, talleres de escritura, actividades teatrales, e introducen así a los jóvenes en otras formas de compartir, diferentes de aquellas donde todos están pegados unos a otros, amontonados. Cabe señalar, de paso, que para un bibliotecario es muy sutil tener siempre en mente un doble aspecto: por un lado la importancia de compartir, de conversar acerca de los libros; por el otro, la importancia del secreto, de la dimensión transgresora de la lectura.

Un ejemplo más, el del paso de una biblioteca a otra: generalmente de una pequeña biblioteca de barrio a una biblioteca mayor. Escuchando a estos jóvenes, la primera es una burbuja en la que uno se siente bien, como en casa. Las bibliotecarias son amables, te conocen. Cito: "[¡Aquí] si las necesitamos, siempre están a la mano". "Aquí, tienen más tiempo para ocuparse de cada persona". "Es pequeño. Hay todo lo que hace falta, te ayudan".

En la biblioteca grande, en cambio, nada de esto sucede ya, según ellos. Los profesionales se asemejan a "cajeras", según Hadrien, a quien cito: "Pasan el libro bajo una lucecita; en la pantalla se oye un clic, y listo. Está tu tarjeta pero ya no tienes nombre. Es de lo más extraño. Es perturbador". Esas grandes

bibliotecas son frías, impersonales, te sientes perdido. Pilar recuerda que “nadie me sonreía jamás. No sé, para mí eso es algo tan natural. Al menos que dijeran “buenos días”. Nadie me conocía, así que yo no existía”.

Desde luego, no siempre tiene uno ganas de sonreírle a todo el mundo y de decirle “buenos días”. En una de las bibliotecas que visité, los bibliotecarios habían resuelto ese problema del modo siguiente: a la entrada y encima de su escritorio, había un letrero que daba el tono. Decía algo así como: “Nosotros somos como usted: a veces tenemos preocupaciones, no siempre tenemos ganas de sonreír o la energía para decirle “buenos días” a todos y cada uno. además, tal vez quieran que los dejemos tranquilos. Pero tengan la seguridad de que si necesitan cualquier información, nos dará muchos gusto atenderlos. Para eso estamos”.

Como ven, no tengo recetas mágicas que darles. Tan sólo el afán de hacerles sentir que el papel del mediador, en todo momento, es, en mi opinión, tender puentes.

## Puentes hacia universos culturales más amplios

Así pues, el iniciador a los libros es aquel o aquella que puede legitimar un deseo de leer no bien afianzado. Aquel o aquella que ayuda a traspasar umbrales, en diferentes momentos del recorrido. Ya sea profesional o voluntario, es también aquel o aquella que acompaña al lector en ese momento a menudo tan difícil, la elección del libro. Aquel que brinda una oportunidad de hacer hallazgos, dándole movilidad a los acervos y ofreciendo consejos eventuales, sin deslizarse hacia una mediación de tipo pedagógico.

El iniciador es, pues, aquel o aquella que está en una posición clave para hacer que el lector no se quede arrinconado entre algunos títulos, para que tenga acceso a universos de libros diversificados, ampliados.

Porque una de las especificidades de los libros es la infinita variedad de sus productos. Pero en los espacios rurales, en los barrios urbanos marginados, ¿quién tiene acceso a esta diversidad? Hoy en día, en nuestros países, el proceso de control de la difusión del libro incumbe rara vez a los censores. Pero hay otras formas de reglamentación que se aplica, comenzando por las que tienen que ver con los distribuidores o prescriptores.

Y a este respecto, habría que decir cuán limitados parecen los universos del libro que muchos de los jóvenes a quienes hemos conocido. Algunos han podido diversificar sus lecturas con el tiempo, aventurarse incluso en textos difíciles, gracias a la atención personalizada de un profesional, como ya señalé. Pero otros jamás se han atrevido a visitar otros anaqueles que no sean los ya conocidos, así que

releen sin cesar a Stephen King o a Tolkien. Pero, de manera más amplia, las mismas referencias clásicas que se encuentran en la escuela, los mismos *best-sellers* que se encuentran en la biblioteca, regresaban frecuentemente aquí y allá durante la entrevista. Desde luego están también los efectos de la moda entre adolescentes. Y además los *best-sellers* permiten desentumecer los ojos y hay algunos de calidad que permiten ensanchar el imaginario, jugar con las palabras. También pueden ser el pretexto para compartir, para conversar. Así que no seamos mojigatos.

Sin embargo, hay que tener cuidado, y pienso que esto no sólo se refiere a Francia. Al ajustar la oferta sólo en función de lo que imaginan que son las expectativas de los jóvenes y por miedo de parecer austeros o académicos, algunos bibliotecarios corren el peligro de contribuir a perpetuar la segregación. De un lado, los usuarios de los medios pobres, para quienes asignarían solamente ciertos títulos de cajón. Y del otro lado, los lectores privilegiados, quienes tendrían acceso a una verdadera posibilidad de elección. De hacerlo así, se estaría perpetuando una vieja tendencia histórica: ya lo señalé antes: lo íntimo, la “preocupación por sí mismo”, no era para los pobres. A éstos se les ha considerado por mucho tiempo “al mayoreo”, en forma homogeneizadora. Si tenían diversiones, éstas generalmente se organizaban de manera colectiva y estaban debidamente enmarcadas, con fines edificantes y de higienización social. Sólo los privilegiados tenían realmente el derecho a la diferenciación, a ser considerados como personas.

También dije en una jornada anterior que la lectura podía ser una especie de atajo que lleva de la intimidad rebelde a la ciudadanía. Puede ser pero, una vez más, no seamos ingenuos: ya lo dije, esto no siempre funciona así. Si bien hay un tipo de lectura que ayuda a simbolizar, a moverse de su lugar, a abrirse al mundo, hay otra que sólo conduce a las delicias de la regresión. Y si algunos mediadores ayudan a que algo se mueva, otros limitan su papel a una especie de patrocinio donde la lectura no tendría más que una función adormecedora.

Por cierto, algunos jóvenes están plenamente conscientes de este riesgo, como Matoub, quien nos dijo:

*La lectura me enseñó la subversión, pero en definitiva también habría podido enseñarme lo contrario [...] Lo que sería interesante es comprobar en qué medida una biblioteca puede ser un espacio de nivelación o de neutralización de la individualidad. Podría ser [...] En el caso de algunas personas, puede ser la rebelión; en el de otras, la indiferencia total, y en otras más, la reducción. ¿Pero, integración significa sumisión? [...] Ésa es la pregunta que me hago ahora.*

Ahí tienen, una vez más, cómo estos jóvenes son unos observadores muy agudos, unos cuestionadores muy finos. Por mi parte no desearía que las bibliotecas se convirtieran en espacios de “nivelación” o de

“neutralización de la individualidad”, como él dice. En eso vería yo la negación misma de lo que me parece constituir su razón de ser: permitir a todos el acceso a sus derechos culturales, el acceso a un universo cultural más amplio.

Por ello me parece que nunca se insistirá demasiado en esta característica del libro, la diversidad, y en la importancia de esta diversidad para poder elaborar la propia historia, la propia combinación y no perderse en identidades postizas. Ahora bien, los jóvenes poco familiarizados con los libros no perciben muy a menudo la diversidad de los textos escritos. Para ellos, es un mundo monocromático, o más bien gris. En Francia, el estudio de los textos clásicos durante la vida escolar parece reforzar esta representación. Algunos sociólogos se han preguntado incluso en qué medida la “imposición masiva de grandes títulos literarios no es vivida por los jóvenes poco familiarizados con el universo literario como una uniformación”.

Mientras nos mantenemos en el registro de un panteón por visitar, como vimos, todo el mundo bosteza de aburrimiento. Pero cuando se permiten encuentros singulares con esos mismos textos –o con otros–, la batalla está ganada. La apropiación es un asunto individual: un texto viene a darnos noticias de nosotros mismos, a enseñarnos más sobre nosotros, a darnos claves, armas para pensar nuestra vida, para pensar la relación con lo que nos rodea. Algunas veces, esos jóvenes se apropian de un texto estudiado en la escuela. Como hizo Hocine con unos extractos de Montesquieu: “El texto sobre la esclavitud de los negros, bueno, es un texto que me gustó mucho. Esas ideas deberían retomarse en nuestros días”. O Malik, con el Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres: “Una vez que lees esto, te dices: ¡Guau, todo el mundo debería leerlo! [...] Todavía es válido hoy en día. Tiene la impresión de que es actual”.

Si bien por una parte existe una contradicción irremediable entre la enseñanza de la literatura en la escuela y la lectura que se hace por sí mismo, al menos les corresponde a los maestros hacer que los alumnos tengan mayor familiaridad, que se sientan más capaces al acercarse a los textos escritos. Hacerles sentir su diversidad, sugerirles la idea de que, entre todos esos textos escritos –de hoy o de ayer, de aquí o de allá–, habrá algunos que les digan algo a ellos en particular.

Cuando se aborda esta cuestión de la diversidad de textos, también hay que recordar que no todo es intercambiable, que leer literatura –ya se trate de ficción, de poesía o de ensayos con un estilo cuidado– no pertenece al mismo orden que leer una revista de motociclismo o un manual de informática –aunque, desde luego, sea válido apropiarse de la mayor variedad posible de soportes para la lectura–. Y que leer a García Lorca o a Kafka no es lo mismo que leer novelas de espionaje de baja calidad.

Y quiero alentar a los bibliotecarios a que naden contra la corriente, en estos momentos en que los encargados de la programación televisiva de casi todo el mundo suelen recetarnos programas de una estupidez y una vulgaridad pasmosas, aduciendo el mal gusto del público. En efecto, hay algo que me parece profundamente viciado, incluso perverso, en esta manera de escudarse en los más desprotegidos para bajar el nivel de los productos que ofrecen, pretextando que eso es lo que piden ellos. Como dice el pintor Pierre Soulages: “Es lo que encuentro lo que me enseña qué busco”.

Tras haber visitado varias bibliotecas de los barrios marginados, me ha impactado el hecho de que algunas sólo ofrezcan revistas u obras de un nivel muy bajo, mientras que otras proponen estas mismas obras pero también otras. Por ejemplo, el otro día mencioné a un joven obrero laosiano que cultivaba bonsais y leía sonetos de Shakespeare. A veces también se lleva prestados libros de pintura. Si Guo Long hubiera frecuentado otra biblioteca de su ciudad, jamás habría descubierto los bonsais, ni a Shakespeare, ni a los grandes pintores románticos que tanto le gustan. Él tuvo la suerte de que los bibliotecarios de su barrio, por cierto muy marginado, pensaran que el lector puede evolucionar.

El imaginario no es algo con lo que se nazca. Es algo que se elabora, crece, se enriquece, se trabaja con cada encuentro, cada vez que algo nos altera. Cuando siempre se ha vivido en un mismo universo de horizontes estrechos, es difícil imaginar que existe otra cosa. O cuando se sabe que existe otra cosa, imaginar que tenga el derecho de aspirar a eso. Además, cuando se ha vivido en ese estrecho marco de referencia para pensar la relación con lo que nos rodea, la novedad puede verse como peligrosa, como una invasión, una intrusión. Es todo un arte saber conducir a ella, y por eso es que tampoco se trata de ponerse en los zapatos del otro, de asestarle listas de “grandes obras”, convencido de lo que es bueno para él.

De lo que se trata en el fondo es de ser receptivo, de estar disponible para hacer proposiciones, para acompañar al joven usuario, para buscar con él, inventar con él, para multiplicar las oportunidades de lograr hallazgos, para que el juego esté abierto. Se trata de tender puentes, de inventar ardidces que permitan a quien frecuenta una biblioteca no quedarse arrinconado durante años en un mismo anaquel o una misma colección. Y por cierto es lo que saben hacer muy bien muchos profesionales y a lo que son sensibles muchos jóvenes, como veremos.

Algunos bibliotecarios saben, en efecto, deslindarse de la imagen empolvada del antiguo conservador de libros y bajan los libros de su inaccesible pedestal de modo que la biblioteca sea como lo descaba una muchacha que nos dijo: “¿La biblioteca ideal? Aquella en la que entras, buscas algo, un libro, y luego descubres otro”. Estos jóvenes sue-

ñan con que los libros estén más visibles, por ejemplo, con más tableros de presentación, como en las librerías, que haya a la vez más novedades y que se dé vida a los acervos existentes. Y que alguien los jale de la manga para señalarles tal o cual obra. Muchos lamentan que no haya más intercambios y temen que los bibliotecarios se conviertan en una especie de “cajeros de supermercado”. Por ejemplo, escuchemos a Hadrien, quien nos habla de los bibliotecarios:

*Son personas que realmente tienen un potencial, que pueden ayudar, que conocen muchísimas cosas, que han leído muchísimo. Y uno los utiliza como si fueran sustitutos de una computadora. Son gente que verifica códigos de barras; ha de ser muy fastidioso para ellos. Y eso no me parece nada bien [...] Son gente que tiene posibilidades que se desaprovechan por completo. Es una lástima.*

Lo mismo dice Malik:

*Para mí, lo que más hace falta es el consejo [...] Por ejemplo, a veces llego a tomar autores extranjeros poco conocidos; y me gustaría mucho que cuando devolviera el libro la bibliotecaria me dijera: “¡Ah!, ¿te gustó este libro?”. Yo podría contestarle que sí y ella me diría: “Pues está también este otro autor que escribe muy bien”. Para mí, una biblioteca no es solamente un hangar de libros, es mucho más.*

O para Philippe: “Debería haber más diálogo con el personal. La primera función de la biblioteca es el intercambio”.

No hay que perder de vista que muchos usuarios provenientes de los medios populares son tímidos detrás de sus brazos musculosos. Por ejemplo, a la mayoría de los jóvenes que conocimos nunca se les ha ocurrido hacer sugerencias de compras a las bibliotecarias cuando buscan en los anaqueles libros un poco diferentes y no los encuentran. Algunos precisan incluso que esas adquisiciones dependen de la “demanda”, sin ponerse a pensar que ellos son la demanda; en su mente la demanda es un colectivo mítico del que ellos nunca podrían formar parte activa.

Atraverse a preguntar supone vencer el sentimiento de mostrarse “egoísta”, de “molestar” al bibliotecario. Aquí se observa de manera ejemplar su dificultad para reconocer el derecho que tienen ellos mismos a tener voz en el asunto para afirmarse como actores o incluso como simples consumidores.

Les daré ahora un ejemplo para mostrarles que es posible ponerles metas muy ambiciosas pese a trabajar con “públicos” poco familiarizados con el libro y tener éxito. Se trata de una de las bibliotecas donde hemos hecho encuestas, en Bobigny, situada en los suburbios parisinos. Bobigny es una ciudad reciente donde vive, casi siempre en grandes bloques de concreto, una población joven, de ingresos muy modestos, entre la que abundan los desempleados y los inmigrantes de orígenes cada vez más diversos.

Pese a lo anterior, desde principios de los años ochenta los bibliotecarios de esta comunidad han sido muy exigentes al formar sus colecciones. Se han propuesto sensibilizar a la lectura a niños y adolescentes promoviendo obras literarias de calidad. Con este propósito han emprendido todo tipo de actividades en coordinación con la escuela o las guarderías. Por ejemplo, hay un periódico que se distribuye entre niños por medio de la escuela: en él se presenta una selección anual de novelas y un juego-concurso. Hay otro periódico, destinado a los adolescentes, en el que los propios muchachos redactan artículos sobre las novelas que han leído. Un jurado formado por adolescentes otorga un premio literario; hay talleres de lectura conducidos por autores famosos, etcétera.

Estas actividades llegan a un gran número de niños: aproximadamente uno de cada dos niños y uno de cada tres adolescentes están inscritos en la biblioteca. Durante nuestra investigación, observamos que los universos culturales de los jóvenes que encontramos en Bobigny parecían más abiertos que en otras ciudades donde habíamos trabajado. Allí encontramos más jóvenes que se abrían camino por su cuenta entre los libros y que se movían en varios registros de lectura. La ficción contemporánea se conocía mejor, se mencionaba más. Por ejemplo, allí fue donde conocí al joven kabil al que cité en otra jornada, estudiante de letras al que le fascinan los escritores que tienen fama de muy difíciles. O a Daoud, el joven senegalés que empezó leyendo a Stephen King, pero que terminó por dejar esos libros porque le parecían “poca cosa”, como dice, y que después leyó a Kafka, Faulkner, Borges, Proust.

No obstante que el tipo de método utilizado en nuestra investigación prohíbe hacer verdaderas comparaciones entre los diversos lugares encuestados, y considerando también que la proximidad con París tiene su importancia, podemos pensar, pese a todo, que el gran trabajo de promoción emprendido por los profesionales de esta biblioteca desde hace largos años no ha sido en vano. Añadiré que fue en esta ciudad, más que en cualquier otra, donde varios jóvenes formularon demandas explícitas a la biblioteca. Varios de ellos frecuentan las exposiciones. Otros escriben: *rap*, cuentos, teatro. Se escuchan también más signos de rebelión. Pero es una rebelión verbalizada, pensada, argumentada.

Por medio de los niños, los profesionales de esta biblioteca también han tratado de llegar hasta los padres. Pero los resultados en este punto son más bien frágiles. Y de paso añadido que en casi todas partes se percibe la necesidad de un mayor trabajo de acompañamiento con los padres, y en especial con las mujeres. Como lo expresa una bibliotecaria:

*En África, un niño, aunque se hagan cargo de él los programas alimentarios, muere una vez que lo sueltas, si sus padres no están allí. Los programas deberían apoyar a los adultos y a los niños. Es el*

*mismo pensamiento retorcido que hay aquí con los niños y las bibliotecas. Al niño se le dan los medios para leer, pero luego, cuando regresa a casa, si no hay nada, y si la gente sólo le transmite cosas negativas...*

Creo que esa bibliotecaria tiene razón. El desarrollo de estructuras de alfabetización y de acogida, de lugares de intercambio, es tanto más importante porque las mujeres en casi cualquier parte del mundo suelen ser los agentes privilegiados del desarrollo cultural: ellas devuelven mucho de lo que adquieren sosteniendo a su familia, ayudando a los niños, desarrollando intercambios, vínculos sociales, aportando sus fuerzas y sus conocimientos a la vida de la sociedad civil. Algunos ejemplos durante la jornada anterior han mostrado que ciertas mujeres, a las que en un principio asustaba la cultura letrada, cambiaron radicalmente de actitud. Y que el miedo a leer, a saber, era algo ambivalente, que podía acompañarse de un fuerte deseo.

Para democratizar la lectura no hay recetas mágicas. Sólo una atención personal a los niños, a los adolescentes, a las mujeres, a los hombres. Una determinación. Una exigencia. Imaginación. Un trabajo a largo plazo, paciente, a menudo ingrato, en la medida en que es poco medible, poco "visible" en los medios, y donde casi siempre los profesionales no tienen "retroalimentación" de lo que hacen, a menos que una investigadora pase por allí y estudie precisamente ese impacto.

Tras haber realizado esta investigación, me han llamado de muchos lugares para hablar de ella. Y en cada encuentro, los bibliotecarios se me han acercado para decirme lo reconfortados que se sentían, que era como si les hubieran devuelto algo. Es una profesión que debió evolucionar mucho en un tiempo relativamente corto. Está bien organizada, bien estructurada. Para bien y para mal. Para mal porque pueden mostrar cierto corporativismo. Para bien porque constantemente intercambian información, comparan experiencias, y esto se da también en el ámbito internacional.

Pero si bien resulta esencial mantenerse informado de lo que sucede en otros lugares, no creo que existan soluciones que puedan trasladarse tal cual de un lugar a otro. De igual modo, no creo en las pequeñas listas aplicables a todo el mundo. Creo incluso que un mediador debería poco a poco luchar contra esta demanda, recurrente en los medios que se sienten poco autorizados a leer, de un modelo, de una pequeña lista básica, idéntica para todos, a semejanza del modelo escolar. Y que debería poder brindar a otros, en forma individualizada, una oportunidad de tener encuentros singulares con textos que puedan decirle algo a cada quien en particular.

Sería deseable que un equipo de bibliotecarios conociera bien la pluralidad de la producción editorial y la diversidad de la literatura juvenil, pero jamás

se podrá establecer una lista definitiva de las obras más adecuadas para ayudar a los adolescentes a construirse a sí mismos. Si me refiero a las entrevistas que hemos realizado, ¿quién habría podido imaginar que Descartes sería la lectura preferida de una joven turca preocupada por escapar de un matrimonio arreglado, o que la biografía de una actriz sorda le permitiría a un joven homosexual asumir su propia diferencia, o que los sonetos de Shakespeare inspirarían a un joven laosiano, trabajador de la construcción, a escribir canciones? Esto nos habla de los límites de esos libros escritos sobre pedido para satisfacer tal o cual "necesidad" supuesta de los adolescentes. Los textos que más les dicen algo a los lectores son aquellos donde algo pasa de inconsciente a consciente. Y eso se nos escapará siempre, al menos en gran parte, para fortuna nuestra.

No se trata en ningún caso de encasillar al lector sino de tenderle puentes o de permitirle que él mismo elabore los suyos. Les daré un par de ejemplos más. El de Pierre, agricultor que intenta modernizar su forma de explotar la tierra. Si él comprendió mejor la globalización actual de la economía, no se debió a que leyera tratados de economía. Fue porque leyó la vida de Cristóbal Colón:

*Estaba leyendo un libro que hablaba de Cristóbal Colón. Me gusta muchos ver cómo vivía la gente. Y lo que me sorprende es ver lo bien organizados que estaban. ¡Era fabuloso! Vivían igual que nosotros, ¡seguro que sí! Finalmente todo está ligado [...] A mí lo que me interesa es la gente, la humanidad. Es el pasado y el porvenir.*

El segundo ejemplo lo tomaré del escritor japonés Kensaburo Oé, quien es originario de una pequeña aldea. Durante una entrevista explicaba él:

*Durante los años que pasé en Tokio extrañaba mucho mi pueblo y me hubiera gustado encontrar libros que me hablaran de ese sentimiento, pero no existían. Porque entonces sólo se escribía acerca del centro de Japón, sobre Tokio, porque era este centro el que hacía la guerra. Lo que me interesaba a mí era la cultura periférica, la de mi pueblo en el bosque. Encontré lo que buscaba leyendo a Rabelais.(6)*

Las palabras que más le dijeron sobre su aldea japonesa las escribió un autor del siglo XVI que vivía en Francia, al otro extremo del mundo.

Los lectores nunca terminarán de sorprendernos. Y sin duda allí, cuando una obra permite una metáfora, un desplazamiento, puede decirse que "mueve" realmente al lector; cuando lo puede estimular y, entre líneas, hacerlo recuperar su fantasía inventiva, dejarse llevar por la ensoñación, y pensar.

## **El mediador no puede dar sino lo que tiene...**

Henos aquí, casi al término de nuestro periplo. Mi intención ha sido dejarles a cada uno de ustedes el

sentimiento de que no es impotente, ni siquiera en los contextos más difíciles, de que cuenta con un margen de maniobra. Aunque debo añadir que en ciertos contextos puede resultar preocupante la estrechez de ese margen.

Para la mayoría de los jóvenes que conocimos, el hecho de leer e ir a la biblioteca abrió el espacio de sus posibilidades al ensanchar su universo de lenguaje, su universo de libros. Esto también los ha sostenido, concretamente en su trayectoria escolar y a veces profesional; les permitió evitar las rutas más peligrosas y encontrar un poco de "juego" en el tablero social, lo que no es poco. Gracias a la lectura y a la biblioteca, ahora están mejor preparados para pensar, para resistir. Al descubrir la biblioteca, también descubrieron "un lugar donde puede uno consultar el mundo", como dijo uno de ellos. Aunque en lo relativo a sentirse verdaderamente parte de ese mundo, ésa es tal vez otra historia.

Por ejemplo, gran número de jóvenes que hemos encontrado nos impresionaron por su gran inteligencia, su sensibilidad, su tenacidad. Sin embargo, hay que decir claramente que los "desplazamientos" profesionales que lograron los menos jóvenes de ellos no fueron considerables: sigue siendo muy difícil lograr una movilidad social significativa cuando se proviene de un medio pobre. Por ejemplo, un muchacho de origen argelino que se empeñó en terminar sus estudios de medicina, al fin de cuentas ha tenido enormes dificultades para encontrar empleo. Otra chica sólo ha podido encontrar "trabajitos" normales para tantos jóvenes, en especial para las jóvenes. Parece como si les hubieran dado la consigna "avanza, pero no vayas demasiado lejos". Esta consigna a veces puede venir de la gente más allegada a ellos. Ya vimos que no siempre es fácil llegar más lejos que los padres, distinguirse de ellos. De modo que algunos se frenan a sí mismos. Pero en el caso de estos jóvenes, es sobre todo la segregación social, la xenofobia, la misoginia lo que los atrapa por el cuello.

En Francia solemos decir que la muchacha más bella del mundo no puede dar sino lo que tiene. En el caso de la biblioteca, de la lectura, sucede algo parecido. La biblioteca sólo puede ofrecer lo que tiene y, en la época actual en que en tantos lugares se agudizan los procesos segregativos, allí encuentra sus límites. Cuando los jóvenes salen de la biblioteca y se quieren integrar, falta todavía que les dejen espacios.

Respecto a los desplazamientos geográficos, también hay algo que representa un obstáculo constante: hay muchos jóvenes que no se atreven aún a aventurarse fuera de su barrio, porque se sienten desubicados en cuanto salen de sus fronteras. Rara vez se aventuran a ir al centro de la ciudad, donde hay tantas cosas que les hacen sentir que no pertenecen allí. Y muchos han expresado su cólera frente a la segregación espacial: estar encerrado en un barrio es ya

estar estigmatizado, identificado por una imagen negativa; es también tener que vivir sólo entre los suyos. Uno de los dramas de los guetos es que uno ajusta sus modos de hacer por medio de la imitación, la vigilancia mutua, que se ejerce sobre todo en el caso de las chicas, como muchas de ellas lo han expresado en forma dolorosa.

Y podemos preguntarnos en particular qué tipo de intercambios son los que pueden darse en las bibliotecas de barrio: intercambios localizados, compartimentados, limitados a la gente más allegada, a los semejantes a uno, en lugares refugio que protegen de la vagancia, pero que se vuelven territorios de lo que queda en familia; o intercambios más amplios que permiten la mezcla con otros, la apertura hacia otros espacios, y hacia la vida civil.

Por más comprometidos, por más imaginativos que sean los bibliotecarios o los maestros, no son omnipotentes y sus tentativas pueden estrellarse contra la realidad en ciertos contextos. Solos, la mayor parte del tiempo, no pueden hacer gran cosa: de hecho, si su acción encuentra lugar y eficacia, es siempre dentro de una configuración. Pero no se trata únicamente del trabajo de coordinación que asocia la biblioteca con la escuela, con los servicios sociales, los servicios jurídicos, trabajo de coordinación que por lo general sólo se emprende de manera tibia. Es toda la cuestión de un proyecto de ciudad y de sociedad lo que se plantea desde el principio. Si queremos que los bibliotecarios, o los maestros, o los trabajadores sociales no se reduzcan a animar guetos y a enfrentarse cada vez más a las situaciones de violencia que también forman parte de su destino.

Mas para no concluir en un tono alarmista, añadiré que escuchando a estos jóvenes se calibra hasta qué punto un bibliotecario o un maestro pueden ser los facilitadores de relatos, saberes, palabras, imágenes que desplazan el ángulo de percepción desde el que estos jóvenes ven el mundo. Además, para integrarse, lo repito, aún hace falta que les hagan lugar. Y hacerle lugar al otro, reconocerlo, es por ejemplo intercambiar algunas palabras al final del curso, o en el momento en que devuelve un libro o un disco compacto. Entonces este encuentro, más vivo que cualquiera de los discursos piadosos sobre la exclusión, aunque sea fugaz, aunque la mayor parte del tiempo el bibliotecario o el maestro no reciba ningún eco de lo que pudo provocar, puede a veces contribuir a hacer que cambie un destino. Lo que explica bien Hadrien:

*Para usar el término "integración", que no dejan de remacharte todo el tiempo. Comienza por eso, simplemente, mostrar que se le puede tener confianza a otro y pedirle su opinión. Mirando hacia atrás, me doy cuenta de que esos pequeños detalles, aparentemente sin importancia, del contacto con la gente, el hecho de interpelar a alguien al final de un*

*curso, corresponde exactamente al hecho de abordar a alguien para comentar un libro que acabas de devolver, es el mismo principio. Provocar una reacción. Allí es donde se crean verdaderamente los fundamentos del individuo para más tarde. Es en esos momentos inesperados de comunicación.*

A manera de conclusión, quiero leerles algunas frases de estos jóvenes, para dejarles escuchar un poco más sus voces y aquilaten lo que una biblioteca, y los libros que hay en ella, representaron para esos jóvenes inicialmente alejados de la cultura letrada. Porque ante todo me parece que debe resaltarse lo siguiente: la esperanza, la confianza que pusieron en esta cultura y en la biblioteca; la convicción de muchos de ellos de haber encontrado allí oportunidades de compensar un poco las desventajas que marcaban su recorrido, de abrirse a otras posibilidades. El que habla es en primer lugar un muchacho de dieciséis años; se llama Fethi, y dice:

*La biblioteca es una caja de ideas, una caja de sorpresas. Cuando yo era pequeño, cada vez que iba y luego salía, tenía la sensación de haber descubierto algo, me sentía más grande. Mediante la lectura uno se desarrolla, tiene un modo de vida diferente al de los demás, se vuelve diferente. La biblioteca es como el agua.*

Algo parecido sucede en el caso de Afida, quien tiene la misma edad: "Es como si los libros me hubieran hecho crecer. La biblioteca es mi segundo hogar, donde me encuentro en mí misma. Es un lugar que no olvidaré nunca". Magali tiene veintisiete años y vive en el campo, donde está muy aislada; consulta libros prácticos para ayudarse a criar a sus hijos, y a veces lee un poco de ficción: "con los libros, veo algo más que a mí misma cuando miro mi vida". finalizo con Matoub, estudiante de letras de veinticuatro años: "Leo, no para evadirme, porque no es posible evadirse. Voy a hacer una frase de escritor: leo para aprender mi libertad". ☐

---

**Michèle Petit. Antropóloga, investigadora de la lectura**

---

### Notas

- (1) BAUDELLOT, Christian y Marie CARTIER: "Lire au collège et au lycée". En: *Actes de la recherche*, n° 123, junio de 1998.
- (2) *La lecture et l'enfant*. Paris: Hachette-Pluriel, 1993; p. 50.
- (3) *À l'école de la littérature*. Paris: Editions ouvrières, 1992; p. 137.
- (4) "La fabrication du lecteur". En: Martine CHAUDRON y François DE SIGLY (dirs.): *Identité, lecture, écriture*. Paris: BPI/Centre Georges Pompidou, 1993.
- (5) CHAMOISEAU, Patrick: *Chemin d'école*. Paris: Folio; p. 161.
- (6) Entrevista publicada en *Libération*, 9/11/1989.

# PUBLICIDAD